



**INSPECTORIA
SALESIANA
"SAN LUCAS"
VENEZUELA**

Caracas, 24 de mayo de 1990

Queridos hermanos:

Al amanecer del sábado cinco de mayo, confortado espiritualmente con todos los sacramentos, ha entrado, para siempre, en la luz infinita de Dios el

P. JUAN VERNET ASSENS

acompañado, así lo podemos imaginar, debido a su intenso amor de hijo y a la profunda devoción que hacia Ella tenía, por María Auxiliadora, la Madre a la que ha sido fiel desde su más tierna edad.

Con sus labios, con su corazón, con su vida no ha hecho sino cantar, en manera alegre, sencilla y transparente las grandezas de Aquella que lo ha venido acompañando a lo largo de su existencia y cuya presencia misteriosa iluminaba con destellos inconfundibles esas pupilas apagadas por una ceguera progresiva.

El P. Juan ha sido un hombre de Dios, que ha vivido real y filialmente en El y que por El lo ha dado todo, pero a ese Dios, fin de sus luchas, de sus anhelos, de sus superaciones, ha querido llegar siempre y en todo momento por medio de María. Realmente la ha tenido, la ha sentido, la ha experimentado y la ha invocado en todo momento como Madre: por Ella se ha dejado conducir, a sus manos se había abandonado con una total confianza y con una inquebrantable seguridad.

El P. Juan Vernet, último de diez hermanos, había nacido en Masroig, Tarragona (España) el 21 de marzo de 1898, Masroig contaba entonces muy pocos habitantes, era y es, una de esas clásicas pequeñas aldeas de Cataluña en donde la agricultura es la fuente principal de sustento y en donde la gente vive en contacto con la naturaleza a la que aprende a amar intensamente porque en ella vierte sus sudores.

En un ambiente pequeño todo se hace familiar: las personas se sienten cercanas, comparten alegrías, penas y hasta esa fe cristiana que da sentido y valor al vivir humano.

En un ambiente así se ha constituido la familia de José Vernet y Leonor

Assens cuyos diez hijos y entre ellos Juan han venido asimilando, en el calor del hogar, no solamente una recia inclinación al trabajo sino y sobre todo los principios humanos y cristianos que aquilatan la vida, a la que le dan sentido.

El convencido y consecuente creyente que ha sido Juan a lo largo de su peregrinar humano viene a ser una natural concreción de lo que para él ha significado la experiencia familiar. Recordando esos lejanos años dirá con humildad sencillez, en el atardecer de su vida: "He sido el primero en todas las cosas buenas".

Desde pequeño conoce a los Salesianos e ingresa en nuestra casa de Sarriá (Barcelona) teniendo apenas 12 años. Allí aprende a amar a don Bosco, cuya presencia física aún reciente, se palpaba en el ambiente, cuyo espíritu se respiraba con aire primaveral y cuyos deseos por la salvación de las almas se transmitían a viva voz. Allí aprende esa expresión que repetirá constantemente y hasta la saciedad: "Jesús, María: salvad almas". Las almas han venido a ser, ya desde entonces, el anhelo constante de su bregar, de su orar, de su hablar.

En 1911 los superiores del Colegio de Sarriá viendo como la gracia venía trabajándole interiormente y como se disponía a responderle al Señor con una madurez superior a la de su edad, lo envían al Aspirantado de Campello (Alicante): allí, durante cuatro años experimenta lo que es la pobreza y el sacrificio pero al mismo tiempo la contagiosa alegría y la sentida piedad, allí va madurando su propia opción vocacional,

allí renueva la experiencia de lo que es la vida familiar salesiana, según el modelo de Valdocco. Indudablemente todo ese frescor salesiano lo ha marcado para el resto de su vida y lo ha alentado para que, clarificada ya su opción, entrara, en la segunda mitad del mes de julio de 1915, en el noviciado de Carambanchel Alto (Madrid).

La experiencia del año de noviciado ha sido para él el camino concreto para la asimilación profunda tanto de la vida como del carisma salesiano, asimilación que el joven Juan ha ido afianzando a través de una toma de conciencia fundamentada en la confianza con sus formadores, en el diálogo personal y comunitario con Dios, en la entrega constante de todos los acontecimientos del día a día: nada sucedía que no fuera reflejo de esa luz que brotando de Dios se hace vivencia, generosa entrega y disponibilidad. Esto es lo que se recoge en los amarillentos apuntes de su noviciado, pero en particular lo que hemos percibido aquellos que de alguna manera nos hemos alimentado en su fuente espiritual. Realmente ha llegado preparado a la vida salesiana, ya tenía claro lo que Dios y don Bosco le pedían y es así como junto a otros veintidos compañeros emite los votos trienales el 25 de julio de 1916 y permaneciendo en Carabanchel Alto realiza inmediatamente dos años de filosofía que le alimentan más y más con el estudio pero sobre todo espiritualmente, en el contacto directo con formadores que para él constituyen un continuo llamado a la fidelidad a don Bosco

y un acicate para el perfeccionamiento total de sí mismo.

En la plenitud de su juventud, con el entusiasmo propio de quien desea servir donándose, realiza su tirocinio práctico, también durante dos años (1919-21), en el Colegio de Sarriá, haciéndose no solamente portador de ciencia, sino maestro de piedad y de todas aquellas virtudes que lo han caracterizado siempre, y durante esa su primera experiencia práctica de la vida salesiana renueva nuevamente sus votos trienales (20 de agosto de 1919).

Y cuando la patria republicana lo llama para el servicio militar, con el corazón dolorido pero dispuesto, porque uno es salesiano siempre y doquiera de querer serlo, se llega hasta Melilla (Marrocos) y allí por dos años (1921-23) maneja las armas y el rosario, vive sus recios principios y el compañerismo, testimonia sus valores sin asumir los antivalores que tal vez podía ver a su alrededor.

Cumplido el cometido con la patria, de vuelta a Sarriá, renueva nuevamente sus votos temporales y reemprende, todavía en calidad de tirocinante, su trabajo en favor de los jóvenes colegiales.

Los años pasados en la vida militar sin embargo no había menguado ni su espíritu, ni su vivencia, ni su entrega, ni su piedad y es así que el 16 de abril de 1924, ya en Italia "La Crocetta" (Turín) para cursar estudios de teología, se consagra para siempre al Señor en la vida Salesiana con los votos perpetuos. El camino estaba trazado, bastaba solo se-

guir. En ese ambiente señalado por los orígenes de la Congregación, en el constante contacto con los superiores mayores, entre ellos con don Felipe Rinaldi, beatificado recientemente, dócil a la voz del Espíritu y de sus propios formadores, abierto a los compañeros a los que tenía como hermanos a quienes amar y a quienes imitar en lo bueno, se prepara al don extraordinario del Sacerdocio, que Juan recibe el 10 de julio de 1927 en la Basílica de María Auxiliadora. Este acontecimiento ha venido a sellar para siempre su vida. Verdaderamente el P. Juan Vernet ha sido sacerdote en todo momento y en todo lugar. En el contacto constante con los jóvenes y con cualquier otra persona ha manifestado siempre lo que era. El espíritu del "Buen Pastor" que lo alentaba por dentro él lo expresaba por fuera a través de una donación sin límites, en esa búsqueda constante por la salvación de las almas que ya lo caracterizaba pero que con su sacerdocio ha venido a ser la manera más apropiada y eficaz para llegar, para dialogar, para entender, para ahondar y para perdonar.

La caridad de Cristo lo ha movido siempre, nunca ha dejado de darse, de donarse, de entregarse. Sin vacilaciones ha confiado en el poder de la gracia que pasando a través de un digno sacerdote entreteje maravillas en el corazón de los creyentes. El P. Juan se ha sentido y ha sido en todo momento un instrumento de Dios al servicio de los hermanos; no se ha buscado en ningún momento a sí mismo; sin pretensiones y con mucha discreción ha venido haciendo y sem-

brando el bien consciente de que es Otro el que lo hace germinar y crecer, sabedor de que hay que armarse de paciencia, y mantener una actitud de humilde y optimista espera, en particular al tratarse de los jóvenes.

De regreso a España la obediencia lo destina nuevamente a Sarriá en calidad de maestro y asistente de los jóvenes salesianos estudiantes de filosofía (1927-1933), allí se hace portador y transmisor de salesianidad, allí renueva su adhesión filial y profunda a don Bosco con ocasión de su beatificación, allí madura su vocación misionera, cultivada desde tiempo atrás y ya expresada durante los años de teología a los superiores Mayores (había pedido ir a Paraguay). El trabajo continuo ni lo agobia ni lo agota, lo hace motivo de ascesis personal pero al mismo tiempo expresión del optimismo y de la alegría propia de su ser salesiano. Y en calidad de consejero de estudios es enviado a la comunidad de Valencia (San Antonio Abad) que por entonces atendía a los muchachos aspirantes (1933-34) y es durante su estadía allí que, desde Turín, lo llaman los superiores de la Congregación con el fin de dar cumplimiento a su deseo misionero, expresado en años anteriores.

Con la fe y el desprendimiento de Abrahán deja a los suyos y a su patria, se traslada a Turín, recibe juntamente con otros hermanos (algunos de ellos, como él, destinados a Venezuela) la cruz misionera de manos de don Pedro Ricaldone y embarcado en Génova a fines de di-

ciembre llega a La Guaira el 13 de enero de 1935.

El contacto con la nueva tierra no comporta cambio de lengua, le exige adaptarse a otra idiosincrasia, a otras costumbres, a otro modo de pensar; pero un salesiano no siente dificultades al respecto, lo que importa es seguir trabajando con espíritu juvenil y por los jóvenes. Casi de inmediato la obediencia lo destina al Colegio Don Bosco de Valencia, del cual era director el P. Isafas Ojeda, y allí inicia su contacto con la juventud venezolana en calidad de docente, de catequista, de confesor viniendo a ser esta última actividad la que más caracterizará su largo sacerdocio. Realmente el P. Juan Vernet ha sido confesor siempre y en todo momento, un auténtico director de almas, un padre espiritual en cuyo hablar y proceder se percibían la misericordia y la bondad de Dios y esto hasta casi el final de sus días.

En los cuatro años que siguen lo trasladarán de una casa a otra de la inspección de acuerdo a las necesidades del momento y a sus enormes posibilidades de servicio: lo encontramos así como catequista del Aspirantado de La Vega en 1936, como director de filósofos en Santa María (Los Teques) en 1937, nuevamente como director de filósofos y además como maestro de novicios, siempre en Santa María, en 1938, como director del aspirantado de La Vega en 1939. En el P. Vernet se concretizaba el hombre de la obediencia, de la desinstalación, siempre dispuesto a tomar sus pocas y pobres cosas para irse, para servir, para dar. El "heme aquí, en-

víame" del profeta se había hecho en él algo natural. Esto es lo que aprendieron entonces y siempre sus formandos, que veían en él una causa ejemplar para su superación y una causa eficiente para hacerla realidad. Durante esos años habló más con su ejemplo que con sus palabras, respondiendo a una urgencia interior cual era la coherencia.

El P. Juan había venido a Venezuela para ser misionero, auténtico misionero y finalmente el P. Seraffín Santolini, entonces inspector, que había constatado lo que realmente valía ese salesiano, lo envía a Puerto Ayacucho (Amazonas) en calidad de director y allí permanece desde 1940 hasta 1949. Serán nueve años de intenso trabajo, de una enorme entrega, años durante los cuales desplegará lo mejor de sí mismo sea en el ámbito comunitario salesiano, restringido pero exigente, sea en su proyección hacia afuera, en particular hacia la feligresía, que por entonces se estaba formando en torno al vicariato, sedienta de luz, de fe y de verdad. "He hecho de todo" dirá años más tarde, lo que indica que en ningún momento se ha ahorrado a sí mismo, se ha buscado a sí mismo; los demás venían antes que su persona y su persona se desgastaba optimística y salesianamente por los demás. Allí dirigía, confesaba, predicaba, trabajaba manualmente "hecho todo para todos", era un auténtico apóstol del Señor.

Las comodidades eran pocas y muchas las incomodidades y las indignancias, se vivía modestamente y el hambre, a veces, se hacía sentir en manera acuciante; pero él seguía adelante

impertérrito, disponible, generoso y alegre como si no hubiera dificultades, como si lo tuviera todo. Si retorna a Caracas en 1949, la solicitud del P. Pedro Tantardini, inspector, no es para huirle al sacrificio, sino para brindarles orientación y testimonio a los estudiantes de filosofía ubicados entonces en Boleña y que él trasladará, el siguiente año (1950), a la recién iniciada obra de Altamira.

La austeridad que le era propia la transmitirá a los jóvenes hermanos con el ejemplo y con su ejemplo hará entender que vale realmente la pena darlo todo por don Bosco y por el Reino.

En 1951 disponible como siempre, obediente hasta el extremo reemprende el camino de las misiones siendo enviado a San Carlos de Río Negro, él solo, sin el consuelo de tener siquiera a un hermano con el cual compartir; y allí perdido geográficamente en la lejana selva pero cercano personalmente a la gente del “Caserío”, por el espacio de cinco años, ora, catequiza, trabaja, enseña y sufre, haciéndose en todo momento reflejo del amor con el cual el buen Padre Dios cubre y protege a sus criaturas. Nunca mengua su fe, nunca decae su optimismo: sigue siendo el “siervo bueno y fiel” del evangelio para todos y en toda circunstancia, costare lo que costare.

Nuevamente la obediencia religiosa en 1957 lo desarraiga de esa soledad hecha costumbre y lo traslada a San Fernando de Atabapo para que se encargue de la dirección del internado-externado y al mismo tiempo de la Parroquia. Si había vivido pobre entre los pobres

hasta entonces llega a San Fernando para servir como padre cariñoso a los niños y a los jóvenes pobres, destinatarios prioritarios de la acción salesiana. Alentado por la caridad salesiana que lo alimentaba les hablaba continuamente de don Bosco, cuyo espíritu encarnaba en su vida y en su acción, siendo por demás un hombre de piedad no solamente los hacía rezar, sino que se comportaba de manera tal que los jóvenes amaran la oración e hicieran de la misa, entonces diaria, una vivencia y de los sacramentos una experiencia concreta de gracia.

Recordando esos años de responsabilidad formativa dirá al atardecer de su vida “hubo cosas maravillosas”. Su corazón de salesiano y de sacerdote había encontrado en la gente sencilla del pueblo la respuesta que todo obrero del Señor va justamente buscando, experiencia que seguirá llenándole también en Maroa a donde es enviado en 1964 en calidad de Párroco y allí permanecerá, alentado por el mismo espíritu y la misma entrega, hasta 1969 cuando finalmente retorna a Puerto Ayacucho, para seguir explicitando su puro y generoso sacerdocio, en calidad de ayudante de la parroquia, hasta 1974. Confesar, predicar, hablar de Dios, de María Auxiliadora y de don Bosco, orar, celebrar misa, eran sus amores desde siempre pero durante este lapso serán los motivos de su disponible y humilde servicio, la forma como convertirá el tiempo en acción santificadora y salvadora. Si el salesiano y el sacerdote han estado siempre presentes y vivos en él, durante esos cinco años lo ha evidenciado más.

Los que han convivido con él antes, entonces y después bien lo pueden testimoniar; en él han visto en todo momento coherencia entre el hablar y el actuar, entre el predicar y el vivir, entre el deseo de ser y el ser en realidad. De esta manera los treinta y dos años pasados por el P. Juan Vernet en las misiones del Amazonas venezolano y todos los demás manifiestan el valor que tiene la entrega y el sacrificio cuando se vive en el amor y por amor, cuando el fin de toda acción es Dios y su gracia, cuando el servir es lo que cuenta, cuando el gastarse se hace donación.

Y de retorno a Caracas, cargado de años, de méritos y de experiencia, en 1974 al ser enviado a la comunidad del San Francisco de Sales de Sarriá, en el contacto permanente con los jóvenes colegiales y con los feligreses del Santuario de María Auxiliadora, seguirá desgranando su vida sencilla y llanamente como antes. Las confesiones, la oración, el pequeño consejo, las muletillas espirituales, el diálogo ameno, los juegos inocentes particularmente con los niños, ocuparán sus jornadas: su ser salesiano y sacerdote seguirá de pie, intacto como si estuviera en la lozanía de su vida. Lo que hasta entonces lo había animado sigue animándole, lo que hasta entonces lo había sostenido sigue sosteniéndole. En ningún momento dijo "NO" a los que acudían a él sedientos de Dios, de consuelo, de verdad. Su tiempo era para los demás. Y así hasta el fin, hasta los últimos tres años de su existencia pasados en esta casa de Altamira (1987-1990), a la que le habían enviado

para que se le atendiera en manera más conveniente, pues ya su andar lo hacía vacilante, su ver se venía enturbiando, su oír se iba apagando; también aquí el mismo ejemplo, la misma disponibilidad, la misma alegría, la misma serenidad; también aquí ese constante rezar de día y de noche, ese desgranar las cuentas del rosario, ese canturrear las alabanzas de Dios, de la Virgen y de don Bosco, ese jugarse con los niños, ese palmotear para pedir ayuda, ese responder siempre con un "bien", un "muy bien" aún cuando la enfermedad lo limitaba y se hacía sentir agobiante. Lo abandonarán las fuerzas pero consciente e inconscientemente se asía a sus hermanos salesianos buscando calor, acompañamiento, apoyo y ayuda; pero mental e interiormente se asía más a Dios, a María Auxiliadora y a don Bosco, los amores de su vida. Su voz ya casi no se percibía, pero sí lo que tenía en su corazón.

La comunidad entera reunida a su alrededor la noche del 21 de marzo último pasado, cumplía ese día los noventa y dos años de edad, ha orado por él y con él, y le ha brindado, una vez más, el consuelo de la "Unción de los Enfermos"; de la misma manera y con idéntico cariño vino acompañándole también en su larga y penosa agonía en la que en esa natural búsqueda de vida se aferraba a la mano de sus hermanos casi queriendo decirles un "adiós" pero también un "no me dejes solo"; luchó hasta las cuatro y cuarenta y cinco de la mañana del sábado cinco de mayo cuando conducido por la mano más cálida y más amiga

de la Auxiliadora entró para siempre en la paz de Aquel que es Paz.

Durante las horas que precedieron el entierro fue velado en nuestro templo parroquial "San Juan Bosco" y por la tarde con una concelebración de un discreto grupo de sacerdotes presidida por Monseñor Miguel Delgado A., obispo salesiano, y por el P. José Zannotto, encargado de la Inspectoría, le hemos dicho "hasta vernos en Dios". Humilde y sencillamente había vivido y en manera hasta demasiado humilde y sencilla lo hemos despedido en un día en el cual se había querido celebrar al neobea Felipe Rinaldi, cuya gloria había ido a compartir.

El P. Juan Vernet ha transitado los caminos de la vida con un corazón disponible, sencillo, generoso, cargado de fe, iluminado por la esperanza y calentado por el amor. En su vida hizo posible lo imposible porque ha vivido a la luz de principios superiores, alentado por profundas convicciones, pues ha querido siempre y en todo momento rea-

lizar la voluntad del buen Padre que está en los cielos. Un hombre así no puede no ser un "santo" aunque la santidad después quede oculta en el corazón de Dios y de los hombres. El P. Juan Vernet ha sembrado siempre, ahora desde el cielo seguirá rezando para que lo que ha sembrado pueda crecer y dar frutos de bien. El ha sido un misionero en la mies de Dios que con sacrificio vivido hasta la heroicidad ha buscado solamente el bien y la salvación de las almas. Desde donde está seguirá siendo lo que ha sido, seguirá en "misión" pues ésta no ha terminado aún. No lo olvidemos nunca, recordémosle constantemente, agradecidos.

En sus oraciones mientras tiene presente a este cabal sacerdote salesiano no olviden a esta comunidad, en particular a los hermanos ancianos y enfermos de la misma.

Fraternalmente en don Bosco,

P. Tarcisio Didoné
Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

P. Juan Vernet Assens, nacido el 21 de marzo de 1898, en Masroig, Tarragona (España). Muerto en Altamira (Caracas-Venezuela), el 5 de mayo de 1990 a los 92 años de edad, 74 de profesión y 63 de sacerdocio.